

Nº46 ENERO 2026

Se violentan las olas con el rugido de los vientos,
se hunden los cayucos y riegan los mares de muertos,
lágrimas condensadas entre agua y lamentos,
se evaporan y forman nubes, ocultando así sus cuerpos.

Hector García



REVISTA DE CREACIÓN
LITERARIA Y GRÁFICA

La papelería de los sueños

Eloy
Calvo
Pérez

EN ESTE NÚMERO

Maria Elisa Zábalo

Propósitos

Alexander Rivera

Héctor García

Elena Ramírez

El Rincón de Cristiane

Ivon Blandón

Mariana Piccirilli

Daniela Araujo

QUASISALEM

FREIRE

Aida Romero

Página 30

Sabrina Brancato

Pilar Pérez Viñuales

Descarga tu ejemplar en
Escritordaniel.es

Un Nuevo Comienzo

María Elisa Zábalo

Sábado 8 de la mañana, el sol sube descubriendo un nuevo día y las abuelas en el hogar de retiro comienzan su rutina. Emma, una de las la asistentes de turno despierta a Margarita para higienizarla. Margarita es una interna muy tranquila, a su edad el reloj ya no corre y pide por un poco más de sueño. En el hogar habitan más de treinta abuelas, así que Emma no puede consentirla demasiado. Prepararla para el baño no es fácil, pasarla de la cama a la silla de ruedas y luego a la silla de baño, todo con enorme cuidado, la fragilidad del cuerpo de Margarita es muy notoria.

Margarita fue la primera abuela que llegó al Hogar cuando sus dueños tomaron la decisión de abrir la institución, eso la hace muy especial, le da un aire de pertenencia que ella disfruta y la hace sentir más a gusto. Se siente un poco anfitriona ante la llegada de cada abuela que se incorpora, los dueños de la Residencia no habían pensado en un principio que fuera solo para mujeres, pero poco a poco se fue dando así, por lo que decidieron aceptar el desafío. Consideraron que se sentían con más privacidad y todo aseguraba mejor bienestar que era el fin a brindar. La residencia es una casona antigua, con ambientes grandes y ventilados, las habitaciones cobijan a tres o cuatro internas, también existen otras más privadas, según las necesidades de cada una. Un pasillo amplio y muy luminoso con amplios ventanales y salida a un patio interno, brinda una calidez muy especial. El salón comedor también es muy luminoso con otro inmenso ventanal que lo comunica a otro jardín más amplio y una pequeña huerta. En su conjunto la casona ofrece mucha calidez.

Bañada, con su ropa impecable y más risueña, Margarita llega a la mesa para compartir el desayuno con sus compañeras. El salón comedor trae el aroma de las flores, las primeras charlas del día comienzan acompañadas del mate cocido con leche bien calentito, pan tostado y algún dulce. La mayoría de las abuelas tienen restricciones por su salud, por lo que la dieta debe adecuarse.

La mañana transcurre, para las abuelas el único reloj que corre es el de sus necesidades personales. El Hogar es un mundo aparte, allí si bien se trata de organizar una rutina, es difícil mantenerla. Generalmente algo la altera, pero así funciona y todos se adaptan a ese ritmo. La enfermera hace sus controles diarios y reparte la medicación que tiene indicada cada una.

El office está prolijamente ordenado, carpetas con todas las indicaciones y anotaciones sobre el cuidado y cada una tiene muy bien organizada una caja con su nombre. Todos los medicamentos indicados por sus médicos y semanalmente se arma un pastillero para no cometer ningún error al momento de proporcionarlos. Una o dos veces a la semana pasa el Dr. que controla la Institución, revisa las carpetas de cada una, si considera necesario indica algún control especial o le deja indicaciones para que cada familia consulte con su médico de cabecera.

A media mañana llega la cocinera, Paula es muy cariñosa y sabe perfectamente como la esperan. Margarita

tiene una avanzada disminución visual, pero su oído funciona como a los veinte años. Cuando escucha su voz comienza a pedir que prepare el mate, así comienzan las típicas discusiones entre las abuelas, una o dos de ellas por cada mesa se encargan de cebar, les prepara un termo liviano y varios mates y el ritual toma ritmo. Al mismo tiempo Paula comienza a hacer magia en la cocina y olores sabrosos invaden el comedor, las discusiones sobre cuál será el almuerzo de ese día se inician. El mate se enfría entre las manos temblorosas de Zulema o Ana que toma un sorbo y su mente ausente se vuelve a desconectar mientras Margarita reclama por más azúcar, a ella le gusta muy dulce, Rosa le dice que se debe tomar amargo, nunca se pondrán de acuerdo, pero no por ello dejan de disfrutar ese momento.

Antes de almorzar, algunas abuelas con la ayuda de las asistentes hacen caminatas por el largo pasillo, otras hacen algunos ejercicios con pelotas para mover sus brazos, ya que sus piernas se cansaron, y ahora una silla de ruedas son su reemplazo. Otras se entregan a un sueñito que repara el cansancio de sus años, la lectura es otro refugio. Cada una elige lo que disfruta más, la etapa de obligaciones ya paso.

Margarita generalmente después del mate mira tele y se entre duerme en su silla. Su blanco cabello, generalmente sujeto en un rodete, transmite la ternura de la típica abuelita de los cuentos infantiles.

La hora del almuerzo llega y otra vez el bullicio en las mesas, el trabajo de las auxiliares ayudando a algunas abuelas que tienen más dificultades motoras, pero lo que siempre ocurre es que están muy dispuestas a disfrutar de sus alimentos. Cada una ya tiene su lugar en la mesa, como los niños en el aula y si alguna lo altera, otra le reprocha porque se cambió de lugar, así funcionan con sus años volviendo un poco a ser niñas.

La siesta es muy corta, solo un descanso para sus huesos cansados, como alguna de ellas comenta. La hora de la siesta es un largo silencio, pero mientras ellas descansan Emma y sus compañeras de turno terminan su día de trabajo y llegan las chicas de la tarde, es una rueda que no deja de girar, termina la siesta y las abuelas que no llegaron a bañarse a la mañana lo hacen a la tarde temprano, para estar listas para la hora de la merienda. Algunas se sientan un rato en el patio y observan como florece el Jazmín, recordando el patio de su casa, otras eligen leer o jugar a las cartas, algunas reciben visitas de sus familiares, es el momento más esperado y el más difícil a la vez.

Los sábados generalmente es el día que reciben más visitas, las asistentes además de bañarlas y vestirlas con sus ropas cuidadas, les pintan las uñas y las que tienen ganas eligen aros o algún collar para estar arregladas. Hay una caja enorme con aros, pulseras, collares, fantasías que las hacen sentir distintas y realmente se nota mucho.

Margarita nunca tiene visitas porque no tiene familia. Sentada en su sillón recibe el cariño de todos los que van. Transmite un magnetismo especial, es imposible no sentarse un rato a su lado y disfrutar de su ternura. Su soledad es distinta, en ella hay una fuerza especial, tiene la capacidad de guardar en su alma todas sus tristezas y siempre una tierna sonrisa acompaña su dulce mirada.

Su cambio de actitud frente a la vida, fue como un renacer de sus escombros a partir de su llegada al Hogar. Cuentan quienes la conocen desde su juventud que en realidad su nombre no es Margarita, dicen que ella adopto ese nombre cuando llego a la institución.

Eso muestra su personalidad, no solo guardo su verdadero nombre, además lo hizo con su pasado y sus recuerdos. En algunas ocasiones se le escucha cantar muy bajito una canción de cuna en alemán. Seguramente esa melodía la conecta a alguna emoción atesorada en su corazón. Si nota que la escuchan o alguien le hace alguna pregunta se hace la distraída y simula estar dormida, ese es su gran refugio. Apaga sus ojos grises, deja caer su cabeza sobre el pecho, quizás para estar más cerca de su corazón y en esa intimidad habitar sus

recuerdos. Su cuerpo siempre fue débil por naturaleza, cuando perdió a su esposo la tristeza y soledad la agotaron, hasta que un día, una vecina que siempre estaba atenta a su estado le sugirió un cambio. Le aconsejó pensar en la posibilidad de internarse en una institución que puedan cuidar de ella, donde seguramente había otras personas de su edad y todo estaba adaptado para contenerlos y facilitarle esta etapa de la vida.

Ella no respondió, solo se dedicó a pensar y luego de pasar varios días encerrada en su casa, seguramente evaluando e imaginando los días por vivir pudo tomar la decisión y aceptar que era hora de cambiar. Entendió que por su bien debía guardar el pasado en su corazón y como homenaje a todos sus amores tratar de salir adelante, volver a sonreír y cantar, como tanto le gustaba a su esposo y aceptar la posibilidad de dejar esa casa llena de recuerdos, para comenzar el resto de su vida en un lugar que le ofrezca paz y serenidad. En ese momento nació Margarita, una mañana tibia de noviembre, cuando el sol comenzaba a transmitir más calor y la naturaleza toda se vestía de primavera, Margarita floreció en su nueva casa. En eso se convirtió el Hogar para ella y con la sabiduría que dan los años cambio las amarguras por esperanza y se dejó cuidar y mimar por todos.

La tarde del sábado se va diluyendo, Margarita escucha la voz de Paula que retoma su turno de trabajo y sabe que otra roda de mate se iniciara pronto, o su preferido te de manzanillas que tanto disfruta. Las visitas se despiden, algunas lágrimas humedecen las mejillas arrugadas de las abuelas. Ella despide a todos con una sonrisa y agregando algún comentario. Hablar con ella transmite sabiduría, es emocionante no escuchar quejas ni reproches de su boca y no porque no tenga motivos para hacerlo. Elige tomar lo bueno que le ofrece cada día, esa actitud positiva hace que todos tengan ganas de conversar con ella y encontrar esa serenidad que tiene el poder de generar.

El olor a la cena comienza a mezclarse, otra vez el debate si es estofado o guiso, el ritual se repite cada día, no falta alguna abuela que le de alguna receta a Paula o intente ayudar en la cocina. Margarita desde su trono tira algún que otro comentario. El engranaje del Hogar no se detiene, las noches tienen lo suyo, se sienten más largas y agotadoras. El sueño de las abuelas es muy liviano, el cuidado debe ser permanente, hasta que el olor a desayuno las vuelva a motivar a comenzar un nuevo día, si algo se aprende viéndolas es que cada día es único y ellas mejor que nadie lo saben.



Con voz de mujer

Editorial PROPÓSITOS

Si no te tocó la lotería de navidad, o te tocó aguantar a tu cuñado y demás familia, o simplemente cogiste unos kilos de más y te has quedado con unos euros de menos, parece razonable hacer propósitos de año nuevo como premio y esperanza por alcanzar un nuevo hito del calendario en lugar de dejar caer sin más la hoja del almanaque. Porque señalar el tiempo es una de las actividades que nos distinguen como especie y en este primer mundo nuestro vamos de celebración en celebración, Ya pronto aparecerán las rebajas...

Por alguna extraña razón los seres humanos nunca tenemos suficiente y tenemos que seguir hasta límites inverosímiles la rueda del gasto y del consumo, porque si no la seguimos se nos cae el invento y aparece la tan temida crisis. Como todo tiene su precio no es difícil gastar un poco más aunque eso no suponga la mayor parte de las veces más que un nuevo estímulo fugaz para no sentir el vacío de la existencia. Tampoco hay que ser dramáticos con esto: los intelectuales gastan igual y están tan vacíos como nosotros (aparte de ser unos pelmas).

Pero hablábamos de hacer propósitos de año nuevo y aquí quiero hacer un ejercicio de imaginación para que se me ocurran cosas diferentes al hecho de ir al gimnasio a perder los kilos de más de estas fiestas pasadas. ¿Qué tal sería conocer a alguien fuera de las redes para una relación íntima? ¿Qué tal sería viajar más por mi país y conocerlo en lugar de irme tan lejos como acostumbro? ¿Qué tal sería aprender a gastar más conscientemente en lugar de seguir con la locura del consumo? ¿Qué tal el visitar a mis parientes queridos (solo a los queridos) con más frecuencia? ¿Hacer una buena acción cada día? ¿Qué tal aprender a cocinar todos los días en lugar de comer comida rápida?

Me gustaría saber cuál es vuestro propósito de año nuevo, teniendo en cuenta que no hay que cumplirlo, basta hoy en día con hacerse un selfie (debería decir autorretrato). Los propósitos de año nuevo son un estímulo que topan con nuestra realidad cotidiana de ser animales de costumbres fácilmente vencibles por la pereza. Pero procura tener en el horizonte algo más que el gastar y consumir porque ello redundará en tu propio beneficio.





Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº46 enero 2026

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378
Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas
a todo color. Precio: 8 euros

Distribución gratuita via email a los 5
continentes, previa solicitud. 600 lectores directos,
3200 seguidores en facebook

La Revista Caminante
no se hace responsable de las opiniones y
redacciones de los autores que la
componen. La participación es libre y no
remunerada. Los textos e imágenes enviados
están sujetos al criterio del editor. El autor
conserva los derechos sobre su obra.

En Vigilia

Alexander Rivera

Bajo una noche nítida, permanecía yo, un Joven solitario, sentado como un viejo encorvado en mi patio entre calabazas amontonadas y mazorcas extendidas, cuando inesperadamente vino el viento a abrir la puerta violentamente, haciendo que casi brincara de mi silla.

Mi casa se encontraba sin luz cuando fui a asegurar esa misma puerta, y allí fue que presentí algo, como si alguien me hubiese sorprendido y asustado con ese soplo. Así que voltee a mirar por todos los rincones oscuros, y por consiguiente, un ser enjuto, enfermo de melancolía me había poseído, tumbándome de cólera. Mis manos apenas podían soportar el resto de mi peso para no tirarme completamente, y mientras colgaba mi cara hacía el suelo, dije con tono moribundo; «¿¡Qué o quién retumba las puertas de mi alma!?» «y ¿¡Por qué su llamado cargo en mis hombros como Sísifo la pesadez del mundo!?» «Terrible, terrible y extraño mundo.» «¿¡Qué eres!?, ¿¡Qué es lo que eres!?»

Hacía falta preguntarme mil veces lo mismo, para que el eco se perdiera en la calma sin fondo, como mi silencio en el horizonte, con el que me encontré esa noche, asegurando que fue el espanto lo que me había agarrado. Sea cierto o no esa superstición, estoy de acuerdo que mi ánima estaba penando de su propio delirio, cuando pasé mi vigilia frente a esa sombra mía, que despertó esa noche.

Gota a gota

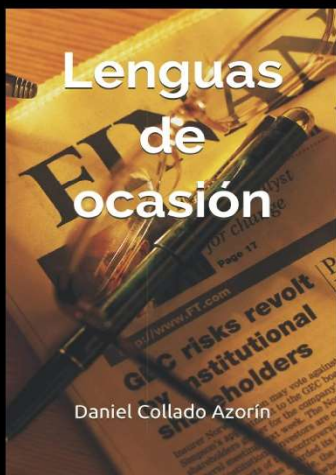
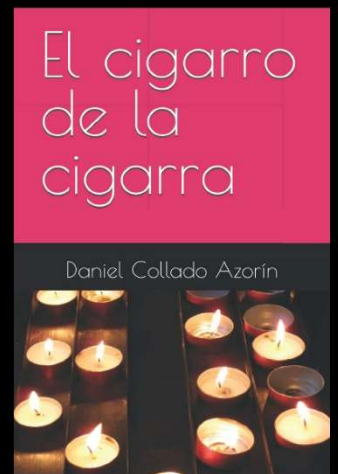
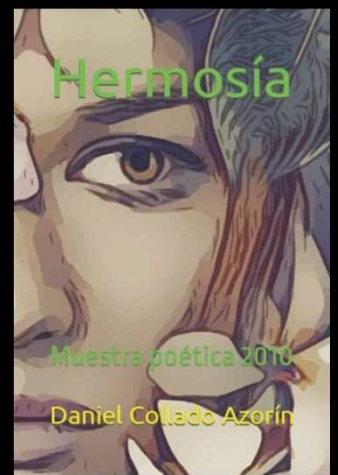
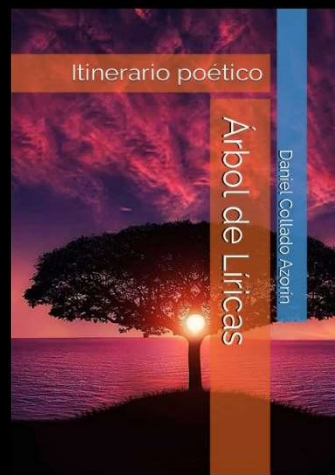
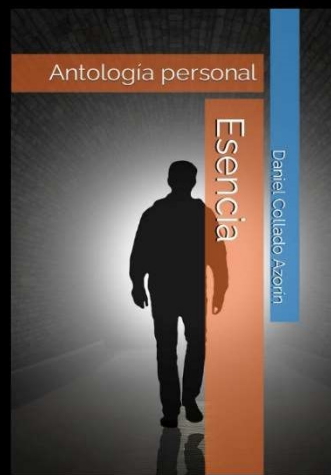
Se violentan las olas con el rugido de los vientos,
se hunden los cayucos y riegan los mares de muertos,
lágrimas condensadas entre agua y lamentos,
se evaporan y forman nubes, ocultando así sus cuerpos.

Eternamente viajan ahora, surcando los cielos,
se cuentan por miles y miles de cientos,
sobrevuelan y cubren por completo nuestros techos,
que sus gritos nos alcancen, ya sea despiertos o en sueños.

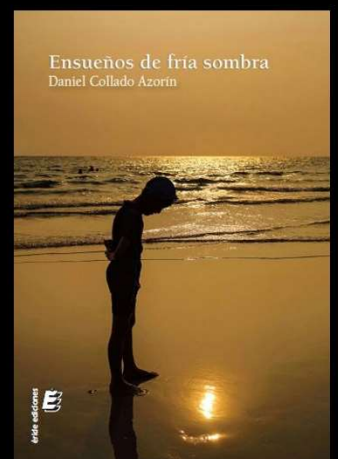
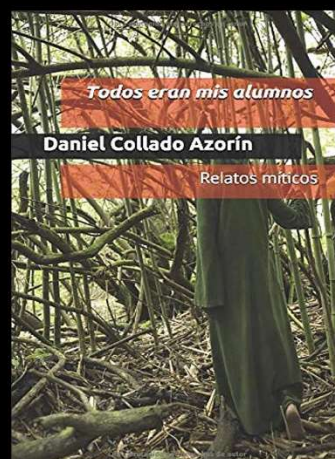
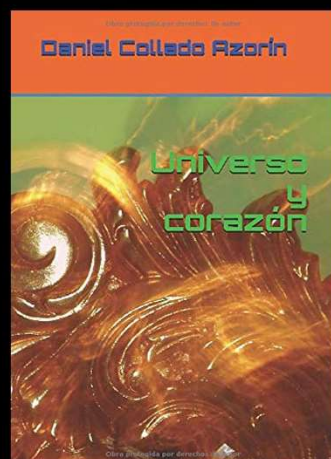
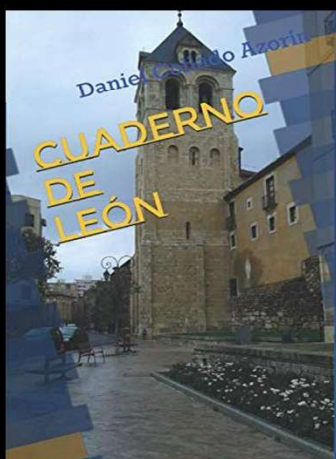
Gota a gota caen de sus flotantes lechos,
mojándonos, adhiriéndose a nuestras pieles y cuerpos,
si los ignoráis, sois vosotros quienes ya estáis muertos,
pues nosotros somos de ellos y ellos de los nuestros.

A photograph of Héctor García, a man with glasses and a beard, wearing a dark sweater and jeans, standing on a balcony with his arms crossed. Behind him is a scenic view of a white-walled town built on a hillside, with a prominent cliff face and a cemetery visible in the background.

Héctor García



escritordaniel.es



La Papelera de los sueños (I)

Eloy Calvo Pérez

TRADICIONES AL SERVICIO DEL MAL

Una vez acaecidos los hechos se supo que al menos un *Tikoloshe* había sido visto por la aldea los últimos días, pero quienes lo avistaron aseguraron no haberlo comentado ya que, fieles a la leyenda zulú, todo aquel que ve uno no debe revelarlo pues, en caso contrario, la criatura reaparecería al cabo de unos días para vengarse.

Los testimonios recogidos por el inspector Soninké provenían de pastores y, en todos los casos, los avistamientos habían tenido lugar mientras pastoreaban sus rebaños al amanecer. Llamó la atención del agente que nadie mencionara que el *Tikoloshe* hubiera mordido los dedos de alguno de los habitantes de la aldea, como tenía por costumbre, pero, cuando se refirió a ello, el agente local le puso al corriente de que en la mayoría de las viviendas las camas habían sido elevadas un par de metros para que el *Tikoloshe* no alcanzara a morder los dedos durante la noche.

Al inspector Soninké no le extrañó que el agente local se refiriera al *Tikoloshe* como si realmente existiera. De hecho, no le hubiera extrañado que creyera en su existencia, aunque no se habría atrevido a apostar sobre la manera cómo lo habría descrito, pues su experiencia le decía que podía adquirir mil y un aspectos.

El inspector se preguntaba si el *Tikoloshe* que se había llevado a los niños y niñas de la aldea habría adoptado la figura de oso peludo o la de un mono agresivo, presentaría un reborde óseo desde la parte superior del cráneo hasta el final del cuello o un agujero en lo alto de la cabeza, tendría ojos o mostraría las cuencas vacías, le encantarían la leche cuajada y los huevos o los detestaría, y, por supuesto, si poseería una fuerza tan descomunal que ningún humano conseguiría nunca vencerle en una pelea de igual a igual.

A lo largo de su ya larga carrera policial el inspector Soninké se había topado con la figura del *Tikoloshe* en multitud de ocasiones. Según la leyenda, que

también él conoció en su infancia, se trataba de un espíritu maligno de la estatura de un niño creado por un brujo o curandero a partir de un cadáver y que, vuelto a la vida con intención de buscar venganza, solo la persona maldita era capaz de ver.

Por desgracia, desde hacía una década, el inspector Soninké había constatado que el *Tikoloshe* no se limitaba a perseguir a quien quería castigar ni se conformaba con robar la cuajada o los huevos frescos de las granjas más alejadas de los poblados. Lejos de eso, el espíritu maligno, tan arraigado en la cultura zulú, aparecía vinculado a delitos muy graves.

El inspector Soninké no necesitó más de dos días para concluir el informe preliminar. Momentáneamente, su labor en el poblado había concluido. Únicamente regresaría a él si sus sospechas acababan siendo asumidas por sus jefes y, lo que era más importante, si no había ninguna instancia superior que diera la orden de no mover un dedo.

Soninké se despidió del agente local y a bordo de su destartado jeep oficial regresó a Johannesburgo. Tenía cinco horas por delante para escuchar la música de su admirado Lucky Dube y dejar de pensar, al menos durante el viaje, que la desaparición de todas las niñas de la aldea apuntaba a un caso de trato de blancas o de comercio de órganos, aunque lo verdaderamente espeluznante era que el hecho de que el *Tikoloshe* solo hubiera sido visto por los padres de las niñas desaparecidas, aumentaba las sospechas de que las criaturas podían haber sido vendidas por sus propias familias.

Cuando encendió el radiocasete del vehículo el inspector Soninké tenía la certeza de que antes de diez horas su informe reposaría en la papelera del despacho de alguno de sus superiores.



Invocación de emergencia

Llevo tres días sin salir de casa. Este tipo de restricciones, medidas de precaución ante las climatologías extremas, son cada vez más habituales, y no es que yo sea la persona más activa del mundo, pero se me hace difícil no salir en todo el día a airearme. Por eso, cuando no se puede salir afuera, me suelo encontrar a mí misma pasando tiempo en el salón de casa, que es el punto de la vivienda con ventanas más grandes que den al exterior. Ahí es donde estoy ahora mismo: en el salón de mi madre, mirando por la ventana como si me fuera la vida en ello mientras pienso que, en parte, es así.

El salón familiar es ese lugar que evitas con todas tus fuerzas cuando eres adolescente, pero al que terminas teniéndole un cariño especial a medida que te haces mayor y visitas menos a tus padres, supongo. Al menos, esa es mi experiencia. Así que sí, conforme he ido creciendo y este se ha ido convirtiendo en un lugar por el que paso más que un sitio en el que estoy, he querido pasar más tiempo en el salón: si tengo compañía, mejor, pero si no por lo menos estoy expresando, con mi sola presencia ahí, que estoy abierta a y esperando por esa colectividad. Como en este momento, que estoy aquí, sentada en el sofá con el torso retorcido para disfrutar de las vistas que me ofrece la ventana. Mi madre está durmiendo la siesta, creo, y luego va a trabajar un rato desde su despacho, así que dudo que pasemos mucho tiempo juntas esta tarde. No pasa nada, yo me quedaré aquí en un intento de dejarles saber a los vecinos de enfrente, los pájaros que pasen por delante de la ventana, al mundo y, en cierta parte, a mí misma, que quiero compañía.

Todo el día de hoy lo he pasado especialmente agobiada por no poder salir: desde que abrí los ojos me dejé engullir por esta enorme impotencia, esta angustia y este desasosiego físico que cada vez se me van tornando más conocidos. El estruendo de la tormenta afuera, de las gotas enfrentándose con el techo al caer, eran recordatorios de que hay vida ahí fuera. Con un suave “venga, tú puedes” mental y un suspiro largo y sentido, como los de las personas mayores, me levanté de cama sobre las nueve y media de la mañana. Desayuné una tostada con huevos y aguacate por la que, de haberlo hecho en algún local, me hubieran cobrado un riñón. Mientras tanto, aproveché para responder mensajes de mis amigas y dejarles saber que estaba todo perfectamente, que solo estaba un poco desanimada. Diría que ha sido mala suerte venir a casa cuando justo hay alerta por tormenta, pero lo cierto es que no es, para nada, tan raro. Hace unos años sí hubiera sido mala suerte, supongo. A mi amiga Susana, que también estaba quedándose con sus padres unos días, le ha pasado lo mismo. Es una pena que ni siquiera pueda verla a través de la ventana, porque solo vive a dos calles de aquí y sería divertido salir a saludarnos de vez en cuando desde nuestros respectivos salones, ¿no? Buscando la compañía de todas las formas posibles. En todo caso, mi día hasta ahora se ha resumido en tener que estudiar pero no ser capaz de estudiar, lo cual me ha llevado, hasta el momento, a limpiar la cocina, intentar hacerme unas trenzas de raíz, seguir una rutina de estiramientos y, ahora, sentarme al lado de mi gato Kiwi en el sofá con una pila de libros que tengo que leer al lado, a mirar por la ventana. Mirando y mirando, esto es lo que veo: lluvias torrenciales llevadas por ráfagas de viento de manera violenta pero tremendamente atractiva desde el interior, desde la seguridad. Escucho el retumbar del vendaval contra la ventana y me recuerda que esa seguridad no es tanta ni tan potente como muchas veces me gusta creer. Pienso en el privilegio que supone el doble acristalamiento que tenemos en esta casa y en cómo de fuertes se escucharían los golpes de no ser por él; en lo poco protegida que me sentiría entonces. Vivo esta experiencia de reclusión recogida en un interior cálido, íntimo y acogedor.

Los colores del salón, aunque se extienden a lo largo de la casa en su mayoría, son de tonos carmesí, ámbar, avellana, miel... “Cremosos” es la palabra que emplearía para describirlos. Las luces son tenues y tranquilas, como mi mamá y yo. La habitación huele al café recién hecho con el que traté de motivarme para seguir estudiando hace un rato y la mantita de algodón con que me resguardo del frío me envuelve en promesas, en cuidado. De manera que, a pesar de que el exterior es tan diferente, lo puedo apreciar estéticamente desde aquí, desde mi privilegio. Si supiera pintar “bien”, probablemente lo haría ahora: construiría algo parecido a un Turner. En todo caso, lo que sí hago es dibujar una carita sonriente en el cristal húmedo, que se deshace rápidamente en gotas, deformándola terriblemente. Kiwi está igual de fascinado que yo con lo que pasa afuera. Es un gato tan tonto que me sorprende que no intente cazar las gotas de lluvia. Me encantaría que lo hiciera: le grabaría un vídeo y nos haríamos famosos en Internet, estoy segura. Vida resuelta, gatito.

Como mirar por la ventana no es una actividad demasiado interesante para mi cerebro, que está acostumbrado a recibir estímulos constantemente, no tardo en aburrirme y dejarme aplastar por el sentimiento de obligación: tengo que seguir leyendo, ni siquiera tengo algo mejor que hacer y estoy contratada por la Universidad, así que lo mínimo es trabajar en mis investigaciones cada día. Empezaré, pues, una lectura que llevo teniendo anotada mentalmente un tiempo: *La letteratura ci salverà dall'estinzione*, de la autora italiana Carla Benedetti. No está traducido al castellano y mis habilidades para entender el italiano son entre mínimas y nulas, así que me veo obligada a utilizar alguna aplicación de traducción, lo cual no hace que la tarea se me haga más amena en esta tarde fastidiosa.

Después de unas tres horas de intensa lectura, he terminado el libro. Ha resultado ser uno de esos textos que le hacen a una despertar de alguna forma que hasta ese momento yacía latente en alguna parte de su mundo interior, uno de esos milagros que, guiándote de la mano a través de un mar de ideas, te transportan a un mirador que, aunque no te habías dado cuenta antes, estaba a 5 minutos de tu casa. Uno de esos libros que, mientras lo estás leyendo, te hacen pensar que

podrías no hablar con nadie nunca más, vivir a base de las palabras escritas por otros, de películas, canciones, series... Y no pasaría nada, porque serías rica en experiencias. Ha sido trascendental. Tres horas de lectura con el tamborileo del cristal y los ronquidos de un gato de fondo han conseguido transformarme, de alguna manera. Y de eso hablaba precisamente el libro: de despertar frente a lo que está pasando, un mensaje que escucho y leo muy a menudo, pero, en este caso, con una potencia especial.

Apoyo el libro sobre la mesa y me levanto para estirar y encender la luz: se está haciendo de noche. Afuera, la tormenta me recuerda a un animal herido, con esos sonidos agresivos y ese temperamento incontrolable. Produce destellos, que son rayos, como parpadeando, y no puedo evitar pensar que, cuando yo miro, me está mirando de vuelta.

Normalmente, trato de despejarme un poco cuando acabo de leer algo muy denso; hago deporte, meriendo algo, hablo con alguien... Pero en este caso, a pesar de que llevo a cabo los dos primeros pasos de este particular ritual, no es suficiente. Hay muchas ideas que me ha transmitido, pero una en concreto que no me puedo quitar de la cabeza desde esta, mi casa de la infancia que, ya por tercera vez, es un lugar de reclusión. Cálida, acogedora, placentera, incluso. Pero es un lugar de reclusión. Acoge ahora también a Carla Benedetti entre sus paredes, pues sus palabras han tomado forma en mi cuerpo. La autora propone (me ha propuesto personalmente, o así lo siento yo ahora mismo), principalmente, la idea de que la literatura puede ser una herramienta que nos ayude a enfrentarnos al cambio climático, pues es una manera de transformar las estructuras mentales mediante las cuales estamos acostumbrados a ver el mundo. Pero esto no es de lo que no me he podido desprender del todo en el hacerme una merienda rica, contestar mensajes o completar mi rutina de ejercicios: lo que no puedo dejar de pensar es lo que la autora plantea sobre los seres humanos del mañana, que viene siendo el hecho de que no los tenemos en cuenta, de que no somos capaces de imaginárnoslos y, por eso (en parte), no somos capaces de tomar cartas en el asunto.

Soy de la opinión de que todo cambio social empieza por uno mismo, de que, si bien no tenemos el poder suficiente, de manera

individual, para “cambiar las cosas”, sí tenemos un cierto poder. Por eso soy vegetariana y aspiro a ser vegana, por eso compro de segunda mano y por eso trato de cuidar todo aquello con lo que me encuentro en la vida. Por eso, este ejercicio de imaginar a personas que no están aquí todavía, este inventarlas para que estén aquí y para ser capaces de cuidarlas, me lo tomo personal. No esperaré a que otros con mejores medios o capacidades lo hagan por mí. En lo que me queda de tarde, voy a inventarme (tener) a mi hija y a cuidarla. ¡Todo eso a partir de un libro! Para que luego digan que las humanidades no son “productivas”.

Ya tengo el ambiente perfecto para llevar a cabo el parto: una tarde tormentosa, crepitante, azul y gris que acompaña el interior cálido y anaranjado desde el cual la presencio. Ni siquiera estaré sola en la laboriosa tarea de invención, tengo la compañía de Kiwi, que sigue en su rincón del sofá, y de mi madre, que se ha sentado a leer también, ignorando mi misión, pero ofreciéndome, sin saberlo, su presencia como confort. Estoy lista, únicamente me falta una cosa: la libreta adecuada. Nunca podría hacer aparecer a mi hija tecleando en un ordenador: saldría rara. Mejor utilizar las manos, el mejor de mis bolígrafos y el papel de una de las muchas libretas en blanco que he ido acumulando en esta casa a lo largo de los años.

Bien, tras treinta minutos buscando en los cajones de mi habitación, encuentro la candidata ideal, que es una libreta blanca de papel bastante gordo, adecuada para prácticamente cualquier rotulador o bolígrafo y con una pequeña goma que permite cerrarla, confiriéndole cierta intimidad que mi futura hija, desde luego, merece. Vuelvo, una vez conseguido el soporte para mi creación, al salón. Esta vez me siento en la mesa de madera que ocupa el centro de la estancia y, papel y bolígrafo en mano, me pongo a trabajar en el proyecto más ambicioso en que he trabajado en mis veinticinco años de edad.

Me doy cuenta, en cuanto comienzo a pensarlo, de que imaginarse a un hijo (o a cualquier persona que todavía no existe, en realidad) es una cuestión de voluntad. Las parejas que quieren tener hijos se los imaginan mucho antes de tenerlos, ¿no? Las embarazadas, ¿no piensan constantemente en sus bebés incluso cuando estos prácticamente no son personas? ¿Por qué no hacerlo antes? Por qué no

hacerlo, incluso, por los hijos no nacidos de los demás. Si esta fuera, efectivamente, una de las claves para enfrentarnos al cambio climático, verdaderamente pienso que no sería tan difícil hacerlo.

He decidido que voy a hacer aparecer a mi hija en el mundo, sí, a través de este conjuro que se llama escribir. Pero, ¿en qué momento de su vida? No me veo capaz de cuidar de alguien mayor que yo, así que eso la confina a alguna edad entre los cero y los veinticinco años. Creo que dieciséis o diecisiete sería adecuada: puedo ofrecerle consejo y, a la vez, identificarme con ella. Bien, mi hija tiene diecisiete años. En segundo lugar, parece necesario concederle un nombre, si quiero que exista. Hay varios que siempre me han gustado: Lúa, Olivia, Adaia, Marta... Creo que no me dejo ninguno. Soy consciente ahora de que he asumido que tendré una hija y no un hijo, aunque, en realidad, ¿qué importa eso? Creo que lo adecuado sería poner a la criatura un nombre que pueda no ser demasiado específico en cuanto a su género. Por ese motivo me gustan mucho Olivia y Adaia, porque se pueden acortar de manera que le podría llamar Oli o Adi. Sin embargo, Lúa me parece tan bonito... Bueno, debo decidirme de alguna manera, así que le pregunto a mi madre aprovechando que está aquí al lado.

- Mamá, ¿cuál de estos nombres te gusta más? ¿Olivia, Lúa, Marta o Adaia? - le pregunto, sacándola de su ensimismamiento. ¿Estará leyendo algo que le cambiará la vida, también? Luego me enteraré, primero debo atender a este cometido.
- Olivia, ¿por qué? - responde sin darle demasiado pensamiento. - No me vayas a dar un susto, hija. - Sé que lo dice de broma, así que me encojo de hombros y le sigo un poco el juego.

Es así como nace Oli, una chica de 17 años a la que tuve cuando yo tenía 30 (eso es dentro de 5 años, qué vértigo). Pero prácticamente no la conozco a mi hija todavía: ¿cómo ha sido su vida hasta este momento? ¿Dónde vivimos? ¿Cómo es su día a día? Me empiezo a dar cuenta de que no es labor fácil, dar a luz a una niña de esta manera. No es fácil enfrentarse al futuro y no es fácil imaginarlo. Sin embargo, sé que es necesario, no puedo ignorar la importancia de hacerlo y no abandono mi tarea. Quizás sea más fácil continuar por su

físico, así que, con determinación, es lo que me encamino a hacer. Resulta que Oli es una chica que, como a tantas otras nos ha pasado, tiene el pelo rizado pero no lo lleva muy bien. He intentado que se lo cuidara, pero, desde que empezó en el instituto, nunca le gustó, así que lleva un par de años planchándolo a menudo (aunque no demasiado bien). Es por eso que, a día de hoy, su pelito castaño oscuro, que a menudo trenzo, está algo quemado. Su cara es ovalada, con dos grandes mofletes. Tiene las cejas pobladas, una exagerada cantidad de pecas y los ojos verdes de mi padre. No lo digo solo porque sea mi hija, pero es guapísima. A pesar de que no le compro ropa muy regularmente y todo lo que lleva está hecho artesanalmente o es de segunda mano, tiene un estilo muy personal. Siempre está experimentando con diferentes colores sobre sus vaqueros de confianza. Me acuerdo de un día que salió de casa con cinco cinturones porque había visto fotos de moda *vintage* que la condujeron hacia tan incómodo fin. Y allí estaba ella, orgullosa de su creación: me recordaba a un pavo real. Sí, siempre ha sido una niña muy ingeniosa a la hora de vestir, aunque insegura, como cualquier adolescente que se precie.

Pensar en el físico de mi hija, a quien me estoy imaginando ahora con un jersey verde de lana, sus *skinny jeans* preferidos, unos cuantos collares y el pelo mal planchado sentada en este mismo sofá, me conduce a otro tema de mayor importancia: su salud. No quiero evadir la realidad en mi fantasía, no quiero construir una distopía sino una posibilidad. Sin prácticamente conocerla todavía, la quiero, de manera que debo enfrentarme a este tema, como cualquier madre haría. Pensemos, seriamente, en su salud: Oli ha nacido y vivido hasta este momento bajo una situación climática que tiende a los extremos. Tras una rápida búsqueda *online*, me doy cuenta de que, solamente teniendo en cuenta las altas temperaturas a las que es sometida cada año, mi hija sufre de sueño, fatiga y estrés térmico. Claro que esto depende mucho del lugar en que vivamos, pero me estoy imaginando que es Madrid, pues es donde resido actualmente. Así que sí, se enfrenta, cada año, a unas temperaturas insoportables que, cada vez, se extienden más a lo largo del año. ¿Es capaz de concentrarse en el instituto?, me pregunto. Y, ¿cómo le afecta a una adolescente descansar mal por las noches?

Me angustia el pensar en la calidad del aire que respira mi hija y las consecuencias que esto puede tener en ella, pero me enfrento a ello también, porque hay que ser valiente por la gente a la que una quiere, y hay que ser valiente en el cuidar y el imaginar. Eso es algo que le contaré a Oli cuando tenga la oportunidad. Así que me dirijo de nuevo a ese portal infinito de información que es Internet y busco lo siguiente: “aire de mala calidad consecuencias”. Las palabras que aparecen en la pantalla me explican, sin ningún tacto, cómo una exposición prolongada a aire contaminado puede tener efectos permanentes sobre la salud de una persona, como envejecimiento acelerado de los pulmones, pérdida de capacidad pulmonar, desarrollo de enfermedades como asma, bronquitis, enfisema y posiblemente cáncer. Pienso inmediatamente en el libro de Susan Sontag *La enfermedad y sus metáforas*, en que la pensadora estadounidense habla en profundidad sobre el cáncer y el imaginario que lo rodea. Si Oli llega a desarrollar cáncer, probablemente le insista en leerse ese libro, pienso que le podría ayudar. Sin embargo, decido que mi hija, a sus diecisiete años, no tiene cáncer, aunque sí asma. Esto le complica algo el hacer ejercicio porque se cansa más y a menudo recurre a quedarse en casa, incluso cuando es factible salir afuera. Toda su vida he intentado evitar que se deprimiera, y, aunque la situación no es la mejor, por ahora no ha sufrido de depresión. Sí noto que tiene mucha ansiedad, en cambio. Le insisto mucho en que vaya a terapia; yo misma nunca he dejado de ir, pero, al parecer, querer ir a terapia a toda cosa es una cosa de mi generación y soy una pesada con el tema, así que no ha habido suerte con eso... Pero sí, tiene ansiedad desde muy pequeña. De eso estoy segura. La cuestión es que Oli es muy inteligente y las materias que le gustan, como biología y música, le encantan. Sin embargo, tiene problemas concentrándose para estudiar, lo cual le frustra mucho. Esto en cuanto al instituto, pero estoy bastante segura de que, con los años, ha ido desarrollando ansiedad social y le cuesta enfrentarse a grupos grandes de personas. Me alegra mucho que, aun así, tenga tres buenas amigas: Sara, Francesca y Valeria. En todo caso, me estoy yendo por las ramas. Volviendo al tema de su salud, recuerdo algo que leí hace un par de años en *El planeta inhóspito*, de David Wallace-Wells acerca de cómo el aire de

mala calidad actúa sobre los procesos cognitivos (la memoria, la atención, el lenguaje, la solución de problemas...). Decido que este problema no tiene un impacto demasiado relevante, por ahora, en la vida de mi hija. Como mucho, el hecho de que le cueste concentrarse podría achacarse a esto, pero nada más notable. Tomo una segunda decisión a este respecto: para cuando mi hija Oli tenga diecisiete años, el uso de redes sociales estará mucho más regulado legalmente, de manera que no serán un problema tan grande para ella como lo habrán sido para mí. Vivirá una adolescencia llena de inseguridades, sí, pero no tendrá que compararse con modelos o *influencers* tratando de venderle un producto nuevo cada semana. Esto me alegra muchísimo.

No se me puede olvidar dedicarle un espacio a la alimentación de Oli, tan básico como resulta y ha resultado el tema para su correcto desarrollo como persona. Bien, Oli es vegetariana desde siempre porque le he tocado como madre. Desde que tiene capacidad para decidir, le he dejado saber que no pasaría nada si quisiera incorporar carne o pescado a su dieta de manera ocasional o medida. Se podría decir que no la he adoctrinado al respecto del todo (esto es algo que le repito constantemente a su abuela), aunque sí le hablo del impacto medioambiental y ético que tienen las pequeñas decisiones que tomamos con respecto a lo que compramos. No es difícil hacer que ese mensaje cale en ella porque no soy yo sola la que se lo transmite; está por todas partes. Es un mensaje complicado, sin embargo, porque una interpretación que se puede hacer de él es que Oli, una adolescente, es directamente responsable del aire que respira, por ejemplo. Trato de dejarle claro que, si bien no es así, sus acciones tienen un cierto poder, y que, incluso si ese poder no llega a materializarse e impactar en el mundo de manera visible, existe y debe ser consciente de él. La comida favorita de Oli son unas albóndigas de berenjena con tomate que su abuela, mi madre, aprendió a hacer nada más Oli aprendió a comer masticando. De hecho, hoy las he intentado recrear y es lo que hemos comido. Ha llegado a casa agotada, se ha puesto su pijama favorito (corto, porque aunque es marzo ya hace bastante calor), hemos comido albóndigas y se ha encerrado en su habitación (no le he buscado más explicación que el hecho de que, al final del día, es una adolescente). Supongo que estará leyendo

mientras video llama a sus amigas: suelen pasar las tardes “juntas” incluso cuando, físicamente, no lo están. Esas cuatro son inseparables: Oli, Sara, Francesca y Valeria.

Oli y Valeria se conocen desde el colegio, pero no fue hasta ¿quinto? De primaria que se hicieron íntimas, cuando las dos empezaron a tocar en la banda municipal (se me había olvidado comentarlo, y es que Oli toca el piano). Desde entonces, han sido uña y carne. Todos los veranos, Oli y yo subimos a Galicia a visitar a la familia, y Valeria ha venido varias veces con nosotras: sus padres y yo ya nos tenemos confianza, y yo le tengo un cariño enorme a la niña.

Cuando Valeria y Oli empezaron el instituto, lo enfrentaron juntas. Recuerdo que Oli estaba muerta de miedo, pero Valeria lo compensaba con sus ilusiones sobre hacerse mayores, empezar una nueva etapa, dejar atrás a los chicos tan cargantes del colegio... Sé que a Oli le ayudó mucho, en ese momento, tener a Valeria a su lado. En su primer día conocieron a Sara, que es, sin duda, la más confiada y extrovertida de las cuatro. En todo caso, por algún motivo congeniaron y rápidamente pasaron a formar un pequeño grupo (con sus problemas, imagino, de los cuales no soy enteramente consciente a día de hoy) de amigas. Fue en el tercer año del instituto cuando Francesca, una chica italiana, se incorporó a la clase y conoció a las demás. Sus padres y ella habían pasado por un tedioso proceso de emigración desde Trieste, una ciudad portuaria en el Norte de la Costa Adriática que se había vuelto un lugar difícilmente habitable por la subida del nivel del mar. A Francesca no le costó tanto aprender el idioma, que se parecía al suyo propio, como adaptarse, como tal, al cambio. Los primeros días de instituto en España, prácticamente no habló con nadie y fue objeto de varias burlas algo crueles. Me sentí orgullosa cuando Oli me contó que Valeria, Sara y ella se habían acercado a presentarse a la chica nueva que no tenía amigos. Al principio, a Oli le costó acostumbrarse a la presencia de Francesca en su pequeño grupo de amigas en el que estaba ya tan cómoda. Sin embargo, con el paso del tiempo se han hecho tan cercanas que, aunque no lo digan por no incomodar a las demás, yo diría que son prácticamente mejores amigas. Por mi parte, mantengo relación con los padres de Francesca desde hace años. A pesar de que no somos las

personas más compatibles del mundo y no compartimos las mismas opiniones, desde que llegaron a Madrid he tratado de facilitarles un poco las cosas en la medida de lo posible.

Pero volviendo a Oli: aunque considero que ya existe en el mundo, hay ciertas cosas sobre ella que todavía no sé. ¿Cuáles son sus aspiraciones futuras? ¿Las tiene? ¿Cuáles son sus sueños, sus metas vitales, aquello que desea? ¿Qué cosas le gustan? ¿Cuáles son sus películas favoritas, sus series, sus libros, sus pequeños refugios frente a la vida? ¿Con qué medios se protege a sí misma del mundo cuando pasamos días sin poder salir de casa? ¿Qué no me dice? ¿Le gusta alguien? Hay tanto que quiero y necesito saber sobre ella que me abrumo. De repente, me da hasta vértigo lo que he hecho. He creado una vida y ya no puedo echarme atrás. Ahora, está en mis manos. Soy responsable de ella. Escucho el estruendo que no amaina afuera, echo un vistazo, de nuevo, a la ventana temblorosa y soy consciente de que este no es solamente mi mundo sino también el suyo. Y disfrutaré de las mismas brisas revitalizantes que yo; del mismo aire salado del océano y las aguas en que, de manera casi ritual, nos sumergiremos cada verano en la playa de al lado de casa. Y se enfadará conmigo una tarde en su adolescencia: se escapará a algún lugar, quizás al Retiro. ¿Bajo qué árbol encontrará su libertad, bajo cuál cerrará los ojos y, finalmente, respirará profundamente? ¿Qué atardecer, anaranjado o rosado, será tan especial para ella que le valdrá todas y cada una de las penas? ¿Y cuántas tormentas, cuánto calor, cuántos incendios soportará? No lo puedo saber, pero sé que me importa.

Necesito un descanso, así que abandono momentáneamente el boceto avanzado de hija que he improvisado en mi libreta y voy hasta la cocina para comer algo rico; me hace falta. No hay gran cosa en el frigorífico, pero en la alacena encuentro unas galletitas saladas tremendamente apetecibles. Cómo me conoce mi madre, estoy segura de que las compró porque venía a casa. Han sido mi *snack* favorito desde que era pequeña. Engullo un par de ellas y vuelvo al salón para darle un abrazo y quejarme de lo cansada que estoy antes de continuar con mi labor. Ya son las 19.00 y sobre las 21.00 se hará de noche: me doy hasta entonces para terminar de configurar a

mi hija (qué palabra más fría, ¿no? Tecnológica, pero adecuada, después de todo).

Retomo una de las preguntas que antes me asaltaron con confianza: ¿Qué cosas le gustan? ¿Qué le gusta hacer? Pienso en ella y puedo verla claramente: la veo tocando sus canciones favoritas al piano mientras Valeria, que tiene una voz preciosa, las canta. Oli nunca ha sido mucho de llamar la atención con palabras o haciéndose notar, pero es algo que, aún así, consigue a través de la moda y de su manera de tocar. Creo que cuando la veo tocando el piano es cuando más la admiro y cuando más me emociona. De repente, no me hago preguntas. No me pregunto por qué toca, no me pregunto cuál es el sentido de que lo haga ni si eso le va a dar dinero, no pienso en cómo funciona la música ni en lo que hace en mí: únicamente escucho y dejo que me afecte. Desde lejos, claro, porque le gusta más hacerlo sola o para acompañar a Valeria. Interpretan algunas canciones de mi época que reconozco: Lana del Rey, Taylor Swift, Clairo... Pienso en lo diferente que suena ese estribillo tan famoso cuando ellas lo hacen revivir desde la habitación de Oli:

*I hear the birds on the summer breeze, I drive fast
I am alone at midnight*

*Been tryin' hard not to get into trouble, but I
I've got a war in my mind*

So, I just ride

Just ride, I just ride, I just ride

Este año les he pedido que, en verano, monten algún tipo de espectáculo para la familia. Por supuesto, a ellas la idea les parece vergonzosa. Sus planes en verano suelen consistir en leer juntas, coger la bici durante los diez minutos que les lleva ir al parque más cercano y, cuando insisto, ir a la playa conmigo y con mi madre. Sin embargo, el verano no es la época feliz sin más matices que era cuando yo era pequeña. Cada año es peor y las dos lo sabemos. Todos lo sabemos.

Cuando estamos en Madrid y el clima lo permite, Oli también suele coger la bici para ir a clase. Antes era su único método de transporte para cuando estaba sola, pero desde que cumplió dieciseis años ha empezado a coger el metro ella sola y se le han abierto mil posibilidades en la ciudad que no aprovecha por mucho que intento motivarla a que lo haga. Me preocupa, a veces, que sea una persona tan de interiores. Supongo que tiene sentido, pues desde pequeña ha estado confinada en su casa al menos una vez cada tres

meses y el ser humano es un animal que se adapta, ¿no? Se ha adaptado a las limitaciones que le fueron impuestas. No se agobia, como yo, al tercer día en casa, sino al sexto, no echa de menos de la misma forma que yo echo de menos, porque nuestra experiencia en el mundo es, si no radicalmente diferente: irreconciliablemente distinta. No tenemos la misma noción de desastre natural, por ejemplo. Y, aún así, nos acurrucamos en el sofá y ponemos una película cuando afuera hay tormenta y preparamos una cantidad ingente de limonadas en los días de verano en que nos cuesta hasta respirar. Debería haber ido anotando, a lo largo de mi vida, la cantidad de días que pude disfrutar de cada verano sin preocuparme por mi salud y la de mi hija: fueron disminuyendo en picado. Y, aún así, no fue hasta que ella llegó al mundo que eso me empezó a enfadar de verdad. Nunca lo había tenido tan cristalinamente claro antes de eso, pero ella no era culpable. La raza humana no podía ser intrínsecamente culpable de nada, porque ahí estaba mi hija, todavía una niña, con rizos que le caían en bucles, los ojos verdes más grandes que me podía imaginar y problemas para respirar después de caminar media hora al sol. No había nadie menos culpable de eso en el mundo que ella. Pero, ¿y yo? pensaba entonces. ¿Seré yo culpable? De manera general, sí, seguro que soy culpable de algo. Soy culpable de muchas cosas, pero no se me puede atribuir la culpa de que lo que mi hija se está perdiendo, no se me puede atribuir el haber arrancado a Francesca y su familia de su hogar natal ni de lo difícil que fue esa transición para ellos. No soy culpable y no es un castigo: es la consecuencia de las acciones de otros. Cuando me di cuenta de eso, ya nunca se me pasó el enfado del todo (y no quisiera que se fuera).

Me he ido por las ramas de nuevo, vuelvo a una Oli todavía a medio ser. ¿Cuáles son sus sueños, si es que los tiene? ¿Cuáles son sus aspiraciones futuras? Tengo la suerte de que no solamente puedo mandar a mi hija a la universidad, cosa que hoy en día no es tan común, sino que, además, quiere ir. Ya lo comenté antes, pero es que es muy inteligente. A pesar de que le cuesta concentrarse para estudiar durante mucho rato, ella se sienta y lo intenta todos los días. Avanza a los pocos, pero avanza, y se dirige con seguridad hacia un Grado en Biología el año que viene. A veces me pregunto

de dónde saca ese amor, esa curiosidad hacia la naturaleza. Y lo pienso así, como amor que es curiosidad. Es el amor del tipo que habla María Zambrano, un amor que es deseo de conocimiento del otro, del radicalmente otro. Y, por una parte, sí pienso que la naturaleza es lo radicalmente otro a mi hija; no soy capaz de eliminar, en mi cabeza, las distinciones entre la tormenta que escucho ahora mismo y la chica de diecisiete años que me estoy inventando, Oli. Pero, por otro lado, puede que sean lo mismo, ¿no? Eso es lo que afirmaban Schelling y Spinoza, y, en cierto modo, lo puedo ver: puedo ver la ansiedad de Oli al subirse al metro en el mar incontrolable, puedo ver sus ocasionales berrinches contra mí en los incendios que acechan todo lo que una vez conocí. ¿Puede reconocerse ella también en los elementos? Estoy segura de que se veía en Kiwi, cuando era pequeña y el gato todavía vivía. ¿Será el gusto por la biología una manera de cuidarse a sí misma, también? No es para nada descabellado, de hecho.

La primera vez que, para mí, la filosofía de Schelling cobró sentido y vida propia, fue leyendo *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brönte, mi novela gótica favorita y la que Oli se está leyendo ahora mismo (le he dejado mi edición, de 2018, que ya está un poco vieja de una manera que solo le añade encanto). Pero sí, efectivamente, la *natürphilosophie* de Schelling, para mí, tomó forma en las cumbres de Brönte, en las que tantas veces experimenté las más ardientes de las pasiones junto a Heathcliff y Cathy. Fue en esas cumbres en las que vi claramente reflejada esa identidad entre naturaleza y mente, entre objeto y sujeto, por la que la naturaleza no es solamente las ráfagas de viento que recorren la ciudad, sino también yo escribiendo en el salón de la casa de mi madre, inventándome a mi hija.

Recuerdo que una de las nociones más importantes dentro de la *natürphilosophie* de Schelling es la de “productividad”, que es la actividad continua de la naturaleza. Esta es una actividad que, al no ser objeto, no puede ser conocida. Algo trágico, ¿no? No podemos conocerla porque somos objetos de la naturaleza, consecuencias de su productividad: cuando morimos, volvemos a formar parte de esa productividad sin poder ya conocerla. En *Cumbres Borrascosas*, encuentro esto en las muertes de Cathy y Heathcliff: es la reconciliación con el

mundo y consigo mismos, una liberación de sus cuerpos físicos (aunque, ¿no sería genial que el cuerpo no fuera visto siempre como una carga?). Me consuela pensar que Oli está leyendo esta novela, entre tantas otras. Me consuela, porque, aunque ella no haya crecido pudiendo disfrutar tanto de la naturaleza como yo lo hice, como los protagonistas de la novela lo hicieron, leyendo puede vivir esa experiencia. Por tanto, retiro lo dicho antes sobre que no echamos de menos las mismas cosas: gracias a la literatura, sí echamos de menos las mismas cosas. Quizás, si seguimos el pensamiento de Schelling, también sin ella, pues “la dualidad surge por escisión de la identidad”, así que el ser humano tiene, inherentemente, una herida por separación: una cicatriz que le recuerda que, en algún momento, fue parte del todo.

Pienso una vez más en Catherine y en Heathcliff y me pregunto ahora por un tema tan importante como el cambio climático, la culpa, la naturaleza y Schelling: la vida amorosa de mi hija. Decido casi inmediatamente que, efectivamente, está pasando por una época emocionante de nuevos descubrimientos a este respecto y que ha considerado oportuno compartirlo conmigo en un momento de confianza. Al parecer, le gusta una chica de su clase que se llama Cristina. Yo nunca he conocido a la tal Cristina porque no iba con Oli al colegio, pero me la ha ido mencionando desde que empezó bachillerato y la conoció. No es que sean amigas, pero hablan algunas veces en clase y se sientan juntas en una optativa, a pesar de que Cristina está haciendo la especialidad de artes plásticas y Oli va por ciencias. En todo caso, aquella noche en la cocina que, mientras cenábamos, Oli me confesó que le gustaba esta chica, me enseñó una foto suya. Pelo rubio, largo y ondulado, ojos marrones y una forma de vestir especialmente *hippie*. Oli quiso cambiar de tema rápidamente y no le hice sufrir demasiado a base de preguntas, así que no tengo mucha más información. Tampoco la necesito. Lo cierto es que, salga como salga eso y avance como avance la vida de mi hija, cualesquiera que sean los caminos por los que el deseo la vaya llevando, las decisiones que trace con respecto a sus relaciones y las personas que causen un impacto en su vida, hay algo que me alegra infinitamente saber, y es que en ningún momento ha tenido que salir del armario conmigo. No ha hecho falta.

Levanto la mirada de la libreta en la que voy esbozando este particular personaje que es mi hija, compruebo la hora y me doy cuenta de que ya son las ocho de la tarde. Solo una hora más de parto, entonces. Nunca había pensado tanto en dar a luz como hoy y se me viene a la cabeza el psicoanálisis y todos los textos que he leído de Anne Dufourmantelle. Ella diría que, cuando mi hija nazca, se habrá producido una separación traumática e irreversible, pero yo me pregunto si no ha existido esa separación desde el momento en que, por primera vez, le puse un nombre. ¿No existe ya una separación desde el momento en que amas a otra persona, incluso cuando aún está dentro de ti? ¿Y qué es el parto en este caso, qué significa que esté dentro de mí? Si la verdadera escisión se da, en Schelling, entre nosotros y lo “absoluto”, que es con lo que nos reconciamos al morir y dejar de ser productos de la naturaleza para volver a ser parte de la productividad, quizás esa separación en base a la que teoriza el psicoanálisis quede obsoleta. No lo sé, ahora estoy divagando, es que tener una hija ciertamente le da a una mucho en lo que pensar. En la operación que es traer a Oli al mundo, no dejo de tener en cuenta las palabras que tanto impacto han tenido en mí de Carla Benedetti. La autora exponía, también, en *La letteratura ci salvèra dall' estinzione*, cómo tenemos una tendencia hacia la distopía. Es decir, *queremos* que se acabe el mundo, lo aceptamos con la cabeza agachada porque nuestro imaginario es apocalíptico. Este imaginario, en su versión religiosa, viene a decirnos que un día el mundo, como lo conocemos, terminará sin que podamos hacer nada para evitarlo y, si nos hemos portado bien en vida, ese fin nos conducirá a una suerte de salvación. En su versión secular es algo parecido: una revolución que dará paso a un futuro mejor. El problema con este imaginario es que lleva a la parálisis. Pero la autora nos abre otras posibilidades, introduce la posibilidad de una palabra profética que lleve a la movilización, un “sí, un desastre está llegando, pero no siempre estuvo escrito, sino que es una respuesta a algo concreto, ¡algo que podemos evitar o frenar!”. En este momento, más bien frenar, sí, pero vale la pena; debemos creer que vale la pena el esfuerzo de frenarlo. ¿Y por qué? Pues bien, yo estoy buscando mi motivo en forma de una adolescente a la que ya he logrado querer. Y si supiera que su

vida serán todas miserias, que sería todo negro, no encontraría las fuerzas dentro de mí para tratar de salir de la parálisis en que llevo sumida 25 largos años casi totalmente, pero por eso debo aprender a ver los grises. Grises como la posibilidad de que estoy segura de que, si Oli existiera materialmente y no fuera una ficción (por potente que yo la considere), su abuela aprendería a hacer albóndigas de berenjena por ella y esa se convertiría en su comida favorita. Grises como el hecho de que no hay ninguna versión de *Ride*, la canción de Lana del Rey, como la que Valeria y Oli interpretan juntas. Grises como nuestro ritual de hacer limonada casera cuando los días de verano son largos y angustiosos. Sé que hay aspectos positivos en mi futuro y en el de mi hija, solamente tengo que ser capaz de imaginarlos para seguir viviendo.

Pero es difícil, efectivamente, no pensar en el cambio climático como en un castigo, un apocalipsis o algo inevitable que está escrito por el destino. Aunque lo estuviera, valdría la pena enfrentarse a él, si tomamos el ejemplo de una tragedia griega. Incluso aunque el destino esté escrito, tratar de evitarlo nos honra. Esto me transporta de vuelta a mi criaturilla en proceso, pues, como ya la quiero, la tengo en cuenta en cada pensamiento, y cavilando sobre las tragedias griegas he pensado en llevarla al teatro. ¿Le gustará el teatro? Creo que no mucho, para ser sincera. No le pega demasiado... Probablemente le gusten más las películas. ¿Iremos al cine? ¿Irá con sus amigas, al menos? Me disgusta ponerme en la posibilidad de que ya no se usen los cines, pero, como tengo poder de actuación en mi historia, decido que están más de moda que nunca porque son *vintage*. Y sí, a veces vamos juntas, pero sobre todo va con sus amigas, nosotras dos somos más de ver pelis en casa. Las que más le gustan son, de hecho, bastante viejas: de Studio Ghibli. Creo que vienen a ser una simplificación de Oli, es decir, tienen colores bonitos, le dan mucha importancia a la música e incluyen todo tipo de animales y formas estrafalarias. Era muy pequeña cuando, unas Navidades, le puse la de *El viaje de Chihiro* y le obsesionó completamente. Para cuando llegaron los carnavales de ese curso, ya le había conseguido confeccionar un mono rosa con el lacito atrás como el de Chihiro y se había cortado (por su cuenta, sin preguntar y con las tijeras de la

cocina) el flequillo más zarrapastroso que he visto en mi vida. Se quedó con las ganas de disfrazarse también de Haku, el otro protagonista, así que ese mismo año, por su séptimo cumpleaños, la temática fue *El viaje de Chihiro*. Después de eso, fuimos viendo todas las películas de Studio Ghibli una a una hasta llegar a su favorita, *La princesa mononoke*.

No sé si soy yo la que se imagina a Oli o si es Oli, a estas alturas, la que se me aparece a mí y me indica sus gustos, experiencias, dolencias... Pero, sabiendo ahora cuál es su película favorita, siento que mi hija me conduce de la mano hacia su habitación vacía, exigiendo muebles y todo tipo de decoraciones. ¿Cómo he podido olvidarme de su habitación? Bueno, me encargaré de ella ahora. Accedo a la estancia y me encuentro con cuatro paredes blancas rápidamente se tornan de color verde pastel (su color favorito) y se cubren con láminas, pósteres, ilustraciones... Me doy cuenta de que una de ellas, la que muestra formas vegetales hechas a acuarela, está firmada: Cristina. "Vaya, vaya", pienso, "cómo se calla las cosas esta niña". Justo encima de la cama de noventa, llena de peluches, hay una especie de mural por la pared lleno de fotos del grupo de amigas: Valeria, Sara, Francesca y Oli, y varias fotos de Oli con su abuela, su abuelo, los primos, mis amigas... Es bonito pensar que esas fotos son las que la arropan por las noches, que difícilmente se puede sentir sola en el mundo si tiene presentes esos rostros, incluso cuando llega el sexto día encerrado en casa... Incluso cuando ya ha pasado un mes. En la mesilla de cama, una pequeña cesta con lo que parecen ser mil y un collares dentro, una botellita de agua y mi edición de *Cumbres Borrascosas* con un subrayador al lado. Sacrilegio, pero no pasa nada... Es el precio a pagar por su disfrute. En la pared de enfrente, junto a la ventana, está el escritorio de madera de segunda mano que le conseguí (y a muy buen precio) cuando empezó el instituto, tan ordenado como siempre. Justo encima, un árbol genealógico enmarcado que dibujó como pudo cuando era más pequeña dado se lo pidieron del colegio en el último curso. De hecho, el proyecto formaba parte de un programa de justicia intergeneracional que una asociación quiso llevar a las aulas en el que no solamente se les pedía a los niños que identificaran a sus antepasados, tratando de obtener la máxima información posible sobre

ellos, sino que, además, imaginaran a su futura descendencia. Ni siquiera tenían que ser personas, también era válido incluir animales o incluso plantas, cualquier tipo de descendencia. Oli optó por esta última opción y, en un ejercicio de imaginación bastante más grande que el mío, básicamente dibujó un jardín botánico entero en la parte subterránea del árbol, que les correspondía a los todavía no nacidos. Me pregunto qué la ha llevado a tener esa lámina en un lugar tan privilegiado de su habitación, pero, sea lo que sea, me parece un impulso positivo. El futuro siempre a la vista al estudiar, es lo que parece decir.

No me he olvidado de la parte más importante, probablemente, de la habitación de Oli: el piano que, apoyado en la pared, se encuentra nada más acceder a la estancia. Lo tiene decorado con brillantitos verdes y amarillos y pegatinas. Además, el atril está parcialmente pintado con unas flores que, hasta hace nada, no estaban ahí (¿las habrá pintado ella?). Sobre la tapa del piano, dos libros: *50 Taylor Swift songs* y *30 Folk Songs*. Abro el segundo por la página marcada y me encuentro con una canción que reconozco: *A Hard Rain's A-Gonna Fall*, de Bob Dylan. Como no sé leer una partitura, me limito a la letra, y me llama particularmente la atención la última estrofa:

And I'll tell it and speak it and think it and breathe it

And reflect it from the mountain so all souls can see it

Then I'll stand on the ocean until I start sinkin'

But I'll know my song well before I start singin'

And it's a hard, it's a hard, it's a hard, it's a hard

It's a hard rain's gonna fall

Las palabras de Dylan me sacan de mi ensoñación. Por un momento, salgo de la habitación de mi hija y vuelvo a ser yo, una chica de veinticinco años que trata de arreglar el mundo desde su salón, su celda personal en días de restricciones por el clima, acompañada por Kiwi, el gato, y su madre, que lee tranquila en el sofá. La tormenta afuera está amainando; la lluvia parece tener un fin, casi parece que puedo distinguir una gota de otra; no caen a golpes contra el suelo de la calle. Quizás pronto se pueda salir, y ya son las 20:40. Veinte minutos más para terminar de darle forma a mi querida Oli, Olivia.

No se me va de la cabeza Dylan: *And I'll tell it and speak it and think it and breathe it*, habla de Oli.

La he imaginado y, por tanto, la quiero. Y lo contaré y lo diré y lo pensaré y lo respiraré. *And reflect it from the mountain so all souls can see it*: se la tengo que enseñar al mundo, tengo que conseguir que alguien más la quiera o que, por lo menos, sea capaz de imaginarse a alguien a quien querer. *Then I'll stand on the ocean until I start sinkin'* alude al miedo, sin lugar a dudas. Al ahogamiento, al océano que siempre me hizo sentir en casa tornándose amenazante y demasiado grande como para afrontarlo sola. *But I'll know my song well before I start singin'*, de nuevo, es sobre Oli. Habla sobre ella. *And it's a hard, it's a hard, it's a hard, it's a hard. It's a hard rain's gonna fall*. Definitivamente. Es impresionante como el arte es siempre nuevo: *Cumbres Borrascosas* nunca deja de nacer, con cada nuevo lector. Nació una vez bajo mi mirada y nace, en mi ficción, cuando Oli lo lee. *A Hard Rain's A-Gonna Fall*, de Bob Dylan, acaba de cobrar sentido bajo una luz inédita: la de la existencia de mi hija, que hace unas cuantas horas nunca había existido. Recuerdo que Henri Bergson, ese teórico olvidado por los grandes discursos científicos y filosóficos, hablaba de esto. Decido que, en esta narración de Oli que he estado creando, ella lo habrá estudiado en el instituto.

Tengo que continuar con mi labor, pero parece casi necesario cambiar de aires; adquirir perspectiva. El lugar perfecto para proseguir quizá sea el baño, la única estancia de la casa en el que el cuerpo es protagonista. Cojo mi libreta y mi bolígrafo, salgo del salón, atravieso el pasillo y me encierro en el aseo. Mi madre debe de estar flipando, pero supongo que no lo suficiente como para decirme nada.

Enciendo la luz anaranjada y me enfrento a mi imagen en el espejo. Tengo la espalda encorvada de estar siempre leyendo y mi cuello no tiene prácticamente capacidad de moverse. Apoyo mis utensilios de escritura sobre la tapa del váter y decido hacer un par de estiramientos: es la primera vez que no lo hago por mí. Observo con detenimiento, después, mis rasgos faciales. Presto especial a aquellos que me causan inseguridad. Empiezo por mis labios, que nunca me han gustado. Son demasiado pequeños, eso es lo que me llevo diciendo desde adolescente. ¿Serán los labios de Oli parecidos a los míos? Decido que sí. Hago el mismo ejercicio con mi nariz y mis piernas,

cuando eventualmente me fijo más en el cuerpo. Se los regalo a Oli y, desde ese momento, los aprecio infinitamente más. Recojo la libreta y el bolígrafo y me los llevo al espacio más íntimo al que tengo acceso: mi habitación de toda la vida. Una vez allí, me tumbo sobre la cama doble que ocupa casi todo el espacio del cuarto para finalizar mi tarea.

Primero boceto, de mala manera, la cara de Oli a partir de los ajustes que acabo de hacer. No dibujo demasiado bien, así que, para no olvidarme, en la esquina del papel apunto: “mis labios, nariz y, aunque no se vean, piernas”. No he llegado a preguntarme a mí misma de dónde ha salido Oli, si la he tenido con otra persona, si ha sido *in vitro* o si en realidad la he adoptado pero, milagrosamente, somos parecidas. No es lo que más me importa ahora mismo, porque sé que, en cualquiera de los tres casos, las dos nos queremos y nos cuidamos.

He concretado ya casi todos los aspectos de mi hija que consideraba fundamentales para traerla al mundo, con lo cual añadiré algo más y la dejaré reposar. Como toque final, nos voy a regalar un momento juntas.

Será una mañana de sábado en febrero y estará empezando a hacer más calor en Madrid. No demasiado, sin embargo. No asfixiante. El sol será amable al iluminar la ciudad por la mañana de manera y, mientras desayunamos unas tostadas con tomate y aceite de oliva, los rayos se irán introduciendo tímidamente en la cocina para hacernos compañía. Nos tomaremos nuestro tiempo en arreglarnos porque no habrá ninguna prisa en el mundo y finalmente, a media mañana, bajaremos a dar un paseo. Pararemos en cada librería de la zona y le dejaré elegir dos libros nuevos para celebrar su notable en Historia. ¿Sus elecciones? *Jane Eyre* y *Gótico Botánico*. Desde luego, está enfocada. He aprovechado para comprarme uno a mí también para leer esta mañana: elijo un poemario que ha ganado varios premios este año. Después, bolsitas de tela en mano, nos encaminaremos a nuestro verdadero destino: el parque. Tendremos que dar una vuelta más larga de lo habitual para llegar porque hay manifestación en la calle, de nuevo, en contra de las medidas de endurecimiento del proceso de inmigración a España. Si estuviera sola, me hubiera unido, pero con Oli no puedo ir a este tipo de cosa: se agobia demasiado. Seguimos

caminando y caminando hasta llegar al parque, que está lleno de almendros en flor. Es de los mejores momentos del año: todo rosa, blanco, volando, agradable. En solamente unas semanas se teñirán las hojas de un morado oscuro, que, aunque también es impresionante, nos pondrá algo tristes inevitablemente. Somos perfectamente conscientes de la fugacidad de la hojareda rosa cada vez que llega el momento de disfrutarla.

Encontramos un buen lugar para sentarnos bajo un árbol, para obtener algo de sombra, pero lo suficientemente lejos del tronco como para que no haya demasiados insectos. Entra algo de luz solar a través de las ramitas para recordarnos que nada es blanco o negro, para recordarnos que veamos los matices. Nos tumbamos sobre una manta que compré hace años y ahora extendiendo sobre la hierba. Después, saco del bolso nuestras botellas de agua, un par de lápices y algunos subrayadores para Oli y finalmente nos embarcamos en nuestras respectivas lecturas.

Saco una foto con el móvil de la escena para mandarles a mis amigas; siempre soy yo la que lo hace. Eso me encanta, me encanta que ella no viva con esa presión impuesta.

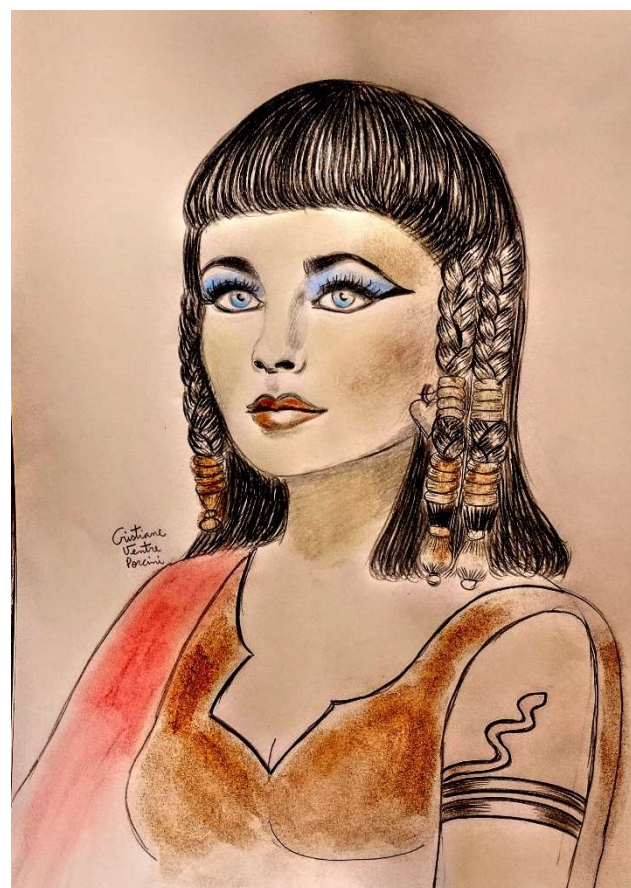
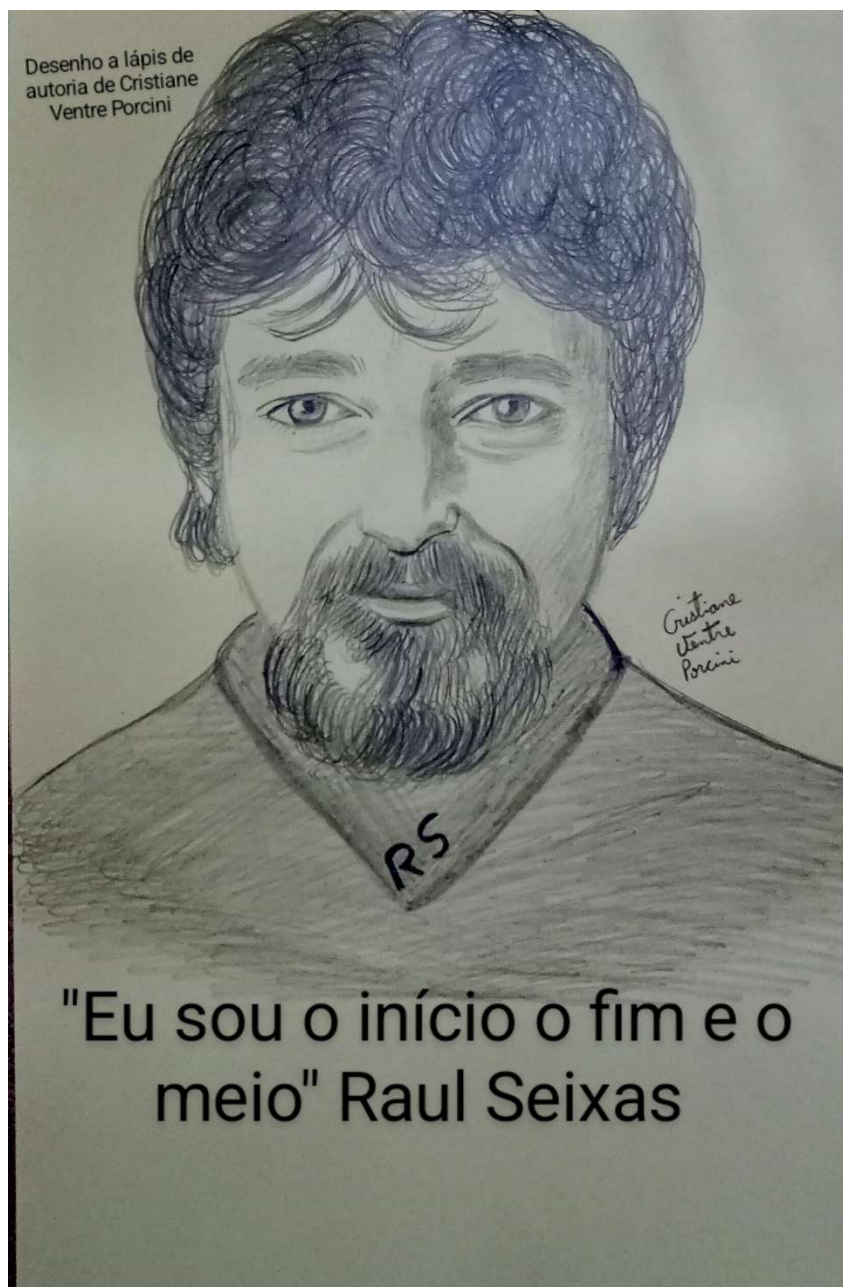
Al cabo de un rato, Oli marca la página en la que se ha quedado doblando la esquina del papel, algo que antes odiaba pero a lo que me he acostumbrado, y se tumba hacia arriba, cerrando los ojos. Respira hondo y sin problemas: disfruto de todas y cada una de sus exhalaciones. No tarda en quedarse dormida, mecida por una suave brisa, regada por un sol afectuoso y acompañada por mí. Decido dejarla en este momento, por ahora.

“Adiós, Oli. Nos vemos pronto, cariño.”

Cuando me descubro de vuelta en mi habitación, con la libreta cerrada, me doy cuenta de que me he quedado dormida en algún momento y ya es por la mañana. Mi madre ha debido de apagarme la luz en algún momento y taparme con una manta. Kiwi está acostado sobre mis piernas, que siento entumecidas. Entra un rayo de sol por la ventana, escucho actividad en las calles, que vuelven a estar vivas, y, tras acariciar la libreta que todavía descansa junto a mí, saco fuerzas para otro día en este mundo.

Elena Ramírez

EL RINCÓN DE CRISTIANE



La forma del latido

Ivon Blandón

En un bosque donde los árboles crecían derechos, erguidos como soldados orgullosos de su altura, nació una rama que no supo —o no quiso— seguir la línea recta.

Mientras sus hermanas subían hacia el cielo, ella se curvaba despacito, primero hacia un lado, luego en espiral, luego hacia abajo. No por rebeldía, ni por flojera, simplemente... su savia fluía diferente.

—“Vas a quedarte sin sol” —le dijo un roble.

—“Así nadie te mirará con admiración” —le advirtió un álamo.

—“Es peligroso ir contra la dirección del viento” —susurró un sauce con miedo. Pero la rama no respondió. Solo siguió su camino, callada y firme, escuchando un latido que venía de más abajo.

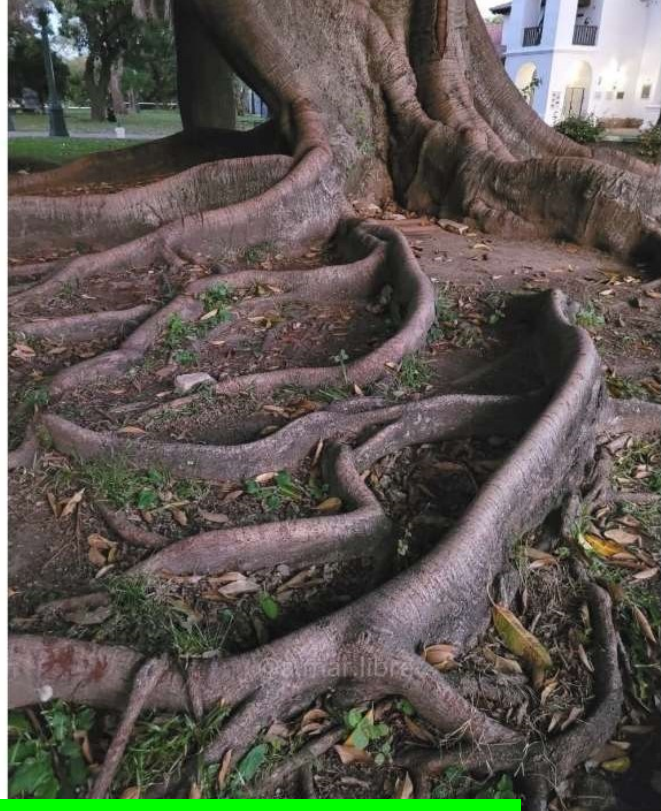
Un día, mientras todos los demás seguían creciendo hacia el cielo, ella tocó el suelo. Y allí, entre las hojas caídas y la tierra tibia, sintió una raíz seca, vieja, casi olvidada. La abrazó con su curva. Y al poco tiempo, esa raíz tembló. Se llenó de savia nueva. Brotó una flor donde ya no nacía nada. Y luego otra. Y otra. Nadie en el bosque entendía

cómo algo podía florecer desde abajo. Pero pasó. Y siguió pasando. Esa rama torpe —la que no fue recta, ni alta, ni admirada— se volvió puente de vida silenciosa. Y poco a poco, otras ramas comenzaron a inclinarse. Algunas sin saber por qué. Solo porque algo en su interior les decía: “También puedes crecer hacia adentro.”





ta de creac



Soy luz

Efímera y fugaz
voy por la vida de los demás
candente y resplandeciente
dejo huella al caminar.

Soy la luz,
atravesando estructuras,
rompiendo esquemas,
incomodando,
despertando dormidos,
penetrando circuitos cuadrados,
volviéndolos círculos infinitos.

Mariana Piccirilli



Raíces

Soy música, silencio,
baile, movimiento,
sueños y esperanzas.
Soy valor y valentía;
soy risa y lágrima,
soy sexo y virtud,
y una canción de amor desenfadada.
Soy una marcha feminista
soy lucha gremial,
soy espejo y soy espada,
soy avión y caminata.
Soy un vuelo de ave en primavera,
que baila al compás de sus recuerdos.
Soy andar de yegua salvaje,
que galopa al ritmo de sus proyectos.
Soy la aventura que no todo el mundo se
anima a vivir.
Soy el coraje que te falta y el amor que me das.
Soy la amistad que abraza,
la familia que acobia y banca,
en las buenas y en las malas.
Soy el fuego que transforma
y el viento que te limpia las malas ondas.
Soy el agua que cura tus heridas.
Soy la tierra que te enraiza.

El brillo de la oscuridad azabache

Desde el acantilado la vi y todo el cansancio de mis músculos pareció desaparecer. El sudor de mi frente, mi respiración y mi corazón palpitando perdieron su valor. El murmullo de los caminantes a mi lado se silenció frente al mar y mis pies olvidaron su largo andar.

-Señor, vamos a comer algo- oí a lo lejos, pero no respondí. Mi mente estaba perdida en otro lugar, uno ajeno a la pesadumbre y el agotamiento, uno que rozaba lo irreal.

Entonces el acantilado se convirtió en vegetación y la humedad volvió a victimizar mi rostro. Un brillo enrarecido cubrió mi frente y mi cabello se encrepó sin modestia. El sonido del mar quedó lejos y el canto de los pájaros envolvió mis pasos.

Una figura caminaba ondulando su pollera y su cabello oscuro danzaba al ritmo de su collar. Tarareaba una melodía que nunca antes había oído, se movía más ligera, como si pudiera flotar y tintineando sus joyas al compás. Era eclipsante, determinante y desprejuiciada. Pero sobre todo, era ajena a lo que su presencia había provocado en un pobre peregrino que intentaba culminar su camino a Santiago.

-¿Desea comprar una?- me sorprendió, delatando mi nerviosismo y obligándome a recuperar la compostura.

Apenas asentí con mi cabeza y ella me enseñó su canasta repleta de azabache.

-Esta es la Concha del peregrino.- anunció ofreciéndome una, pero mis ojos estaban absortos en los de ella, oscuros, sonrientes, intrigantes.

-O a lo mejor prefiere un collar.- dijo rozando el que llevaba en su cuello con inocencia. Dejándome expuesto, vulnerable y algo ridículo. Mis ojos me habían delatado y ahora debía responder.

-Es que es usted muy hermosa.- le dije avergonzado y ella sonrió con gentileza.

-Lleve esto mejor.- dijo entregando una figura tallada que me llevó a sonreír a mi también.

-Así recordará la magia del azabache, el brillo de su oscuridad y siempre se preguntará si fui real.- dijo mientras yo analizaba aquella maravilla.

Entonces aclaré mi garganta para volver a hablar, mi cobardía se vio vencida por mis ganas de conocerla, lejos había quedado el estudiante caminar, la respiración agitada y los pies doloridos, ahora solo me quedaba el bienestar, la sensación de haberlo logrado, su sonrisa. Levanté mi vista para volver a mirarla.

No estaba.

Me quisieron hacer creer que mi cansancio me había hecho alucinar y hasta desconfiaron de mi estado de sobriedad. Lo cierto es que yo sé que fue real, porque en mi paso por la Bocamina de Oles, descubí que el color negro no es oscuridad, en aquel metal precioso su brillo me eclipsó y su magia me hechizó, porque dentro de mi puño cerrado, su oscura frialdad, marcó los surcos de la verdad y unos ojos profundos se implantaron en mi memoria para hacer de mi camino una historia imposible de dejar atrás.

Daniela Araujo



Tres destinos

En su modesto departamento de Colonia Manzanares, la señora Flescher abrazaba entre gritos de alegría a su esposo luego de leer el mensaje en su computadora : al fin , habían aprobado su tesis. Lograba el doctorado refutando viejos designios que la ensombrecían desde su difícil infancia. Sería, como lo había soñado, una prestigiosa naturalista. Formó entusiasta su equipo y aceptó ese llamado para ocupar la vacante en Canarias.

Joaco se apuró a tomar la bolsita de golosinas del estante antes que su madre llegara a la caja para abonar, deslumbrado por el colorido dibujo de los superhéroes en la portada . Al salir del super, cruzaron con cuidado la avenida y el niño reparó atento a esos otros colores, los del semáforo, como le habían enseñado sus padres. En la cabaña alquilada en Mar de Las Pampas, Mauricio los esperaba casi exhausto luego de cargar el auto para que ese domingo fuera especial en la playa, el último día de vacaciones.

- ¡Vamos, es un día hermoso! – gritó el padre al verlos regresar.

En un lejano continente, en las profundidades del océano azul, una inmensa borrasca empezaba a calmarse y la enorme magnitud de cientos de millas marinas se había revolucionado por otra furia de Poseidón. Rodas, una enorme tortuga carey, había sido liberada de un largo cautiverio y seguía su travesía después de semanas hacia la zona de apareamiento, movida por la fuerza ciega de enigmáticos mandatos. Agitaba sus pesadas aletas sin pausa, pues de ella dependían decenas de huevecillos de vida latente.

Después de una bajada divertida y cantando por la escalinata hasta el sitio de su carpa, la familia de Joaco plantó una alegre sombrilla y encendió la música del portátil bajo los ardientes rayos de sol que parecían llover como estocadas amarillas desde el cielo. Apenas un almuerzo frugal y el placer de las olas besándoles el rostro una y otra vez y por fin, ¡el juego del freesbee entre todos ! Luego de correr con sus hermanos entre los médanos, Joaco recordó las golosinas olvidadas en el auto. Se apartó de ellos súbitamente para tomarlas y volvió presuroso con sus piecitos desnudos sobre la arena ardiente y a los saltos, hasta apostarse en el apacible frescor de la orilla. Comió uno tras otro los caramelos sintiéndolos plenos y rumiantes en su boca, contemplando la colorida imagen de los superhéroes que parecían vivos en el estampado de la bolsita. Las olas diminutas acariciaban sus piernas arrimándole carcazas de pequeños caracoles y tras el último de sus dulces, súbitamente, dio un salto y corrió tras su mamá hasta la posta de la venta de helados.

A esa hora, los rayos del sol prepotente parecían ahora burlarse de la brisa y la bolsita que Joaco dejó en la orilla, dejaba de verse con el sigilo de la pleamar. Muy lejos de allí, en aguas penumbrosas y solitarias, Rodas seguía su incansable viaje. Miles de crustáceos milimétricos rodeaban su nado buscando el ansiado arrecife. Aun en la playa, la familia de Joaco contemplaba los dorados del crepúsculo que plasmaron en sus fotos , antes del ansiado regreso a casa. La semana siguiente, el niño mostraba vanidoso a sus amigos en la escuela los pequeños caracoles y la familia plena había vuelto a sus cosas.

En poco tiempo, devino la hermosa etapa de la escuela secundaria y Joaco miraba cada noche la ecografía de su hermanito en camino que lo hacía soñar con ser un doctor algún día.

Del otro lado del continente, en aguas azules infinitas , Rodas, como un Sísifo de mar , cumplía con otra migración para una nueva maternidad . Había sorteado otro tifón en la búsqueda incansable de alimento. Próxima a llegar al sitio donde esperaba toparse con las ansiadas medusas blancas, logró escapar de las fauces dentadas de un enorme tiburón blanco que se distrajo por el raudal pasar de un errático cardumen de sardinas.

Al llegar al arrecife de corales, vio que emergía lentamente por detrás de las algas flameantes del suelo rocoso, una silueta blanca y flácida en danza cadenciosa y pasiva por la suave correntada. Fue ciegamente tras ella : dio un enérgico envión con el impulso de sus aletas cansadas y la engulló de a poco, tragándola con dificultad mientras se iban derrumbando sus párpados pesados. Luego de una pausa, siguió explorando el arrecife atraída por pequeñas anémonas. Siguió su viaje hacia la costa con la corriente a favor, con miras al nuevo desove. En el otro continente y muy lejos de aquel arrecife, Joaco disfrutaba la alegría estudiantil de su fiesta de fin de curso y su familia en casa, diagramaba los arreglos para nuevos días de playa después de navidad.

En el viejo laboratorio de una Universidad en Canarias, la doctora Flesher con su equipo, habían recibido el cuerpo de una tortuga hallada inmóvil en la orillas del mar. Comprobaron que había muerto hacía pocos días. Analizaron cada centímetro de su enorme caparazón y encontraron el pequeño dispositivo que los doctores australianos le habían colocado antes de liberarla de su cautiverio. Ansiosos, lo insertaron en la computadora y quedaron boquiabiertos al leer las inmensas distancias que Rodas había logrado recorrer en sus migraciones. Pero la causa de su muerte era una gran incógnita científica y decidieron explorar su anatomía ese mismo día. Suspendieron el almuerzo y prepararon el instrumental. En el primer corte, a poco de iniciada la sesión, los sorprendió encontrar un centenar de huevas blanquecinas y de inmediato, pudo verse el horror en el rostro de la doctora ante la colorida imagen de los superhéroes de una bolsita plástica, atascada en el esófago de Rodas.

QUASISALEM

Visite la web del editor

Escritordaniel.es

La galería Freire



Aida Romero *Florece cuando te fuiste*



Esta tierra árida y desolada asfixia las raíces que no pudiste arrancar. El viento se mece lentamente y se envuelve en un suspiro melancólico. Te llevaste todos mis pétalos, aun sin quererlo, y las hojas que todavía me mantenían entera. Fría y desolada me sostengo en esta tierra donde el invierno gélido arremete sin piedad. Las gotas de la lluvia más fría sobre mi piel desnuda, las heridas del alma que jamás podré sanar.

Me pregunto por qué tuviste que marcharte en aquella temprana primavera, cuando todavía no estaba preparada para florecer y te rogaba que te quedaras. Pero te convertiste en la sombra perenne del sol. Eclipsaste su terciopelo dorado para que me marchitara más deprisa. Ilusa de mí, te busqué con demasiado ahínco, aunque mis raíces estaban tan podridas que todo lo que llegaba a tocar, se convertía en oscuridad y sufrimiento.

Caí tan profundo que creí que nunca sanaría. Tal vez se había terminado mi ciclo y ya no renacería una enésima vez de mis propias semillas. Incluso ese final me

parecía demasiado ideal para mí, pues tenía la certeza de haber sido condenada a desvanecerme en esta tierra agrietada y seca.

Hasta que terminé olvidando tu aroma perfumado a lavanda y primula, a nostalgia y salitre del océano. Casi no recuerdo tu mirada de aceituna, ni tampoco aquellas manos morenas que tanto me habían calmado durante muchas primaveras. Terminé enterrando los recuerdos más hermosos en lo que quedaba de mi corazón, aun cuando este me dolía demasiado.

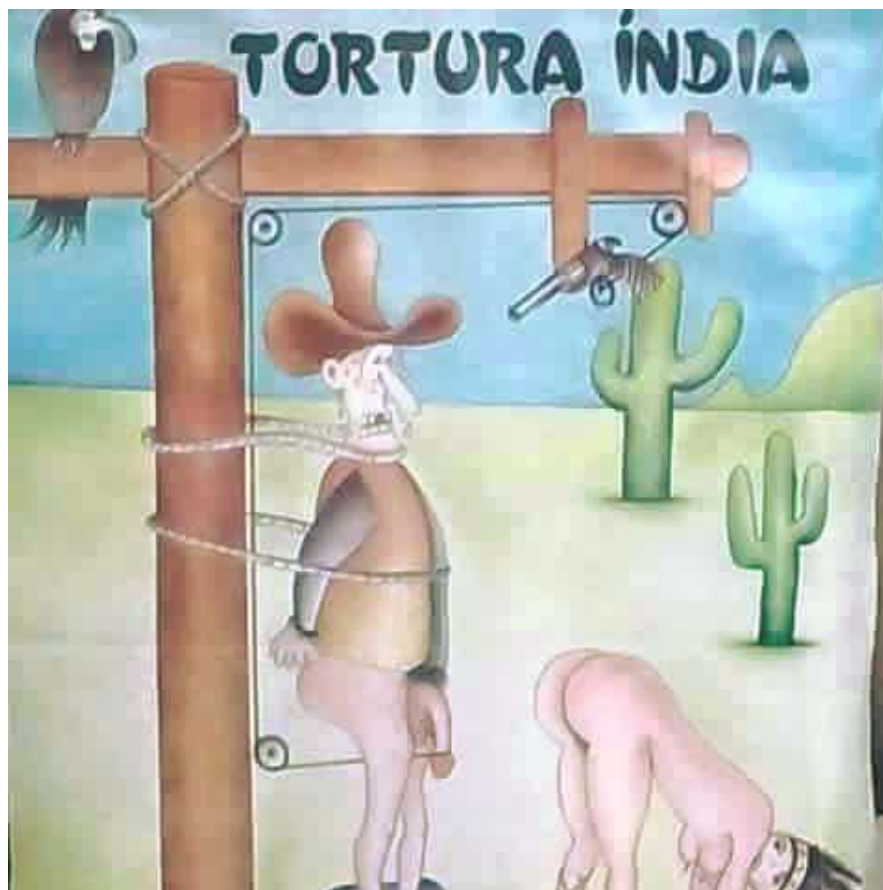
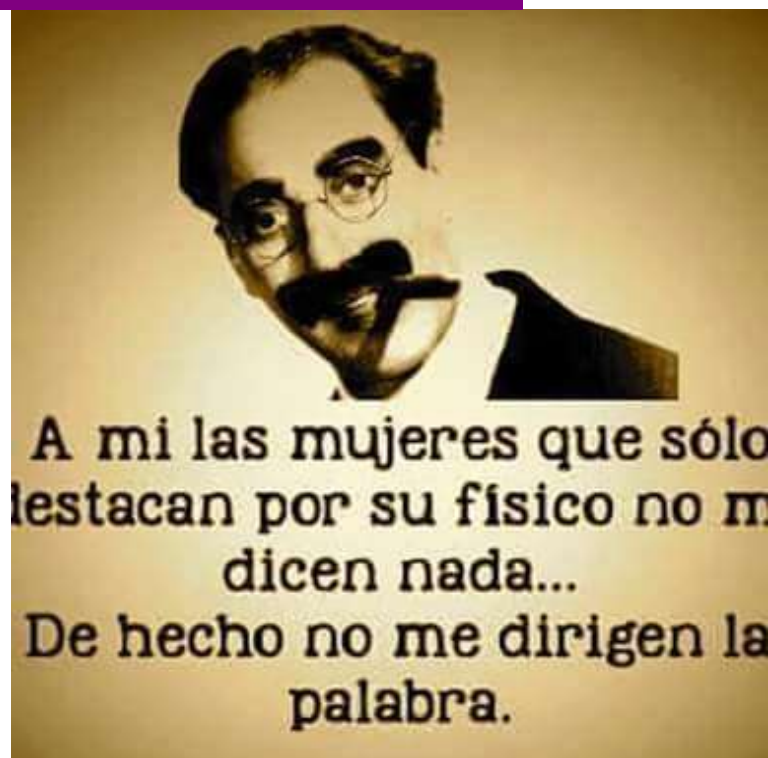
Tengo que confesarte que florecí cuando te fuiste. Me vestí de rayos dorados y de aquel viento que tanto había arremetido en mí contra durante todos esos años. Disfruté de mi corola acariciada por sus dedos, mientras el dulce polen se acumulaba en mis estambres. Me sostuve desde el cáliz hasta el tallo y las raíces. Me aferré a esta tierra que tanto daño me había hecho. Le perdoné y te perdoné con ella.

Florece cuando te fuiste y mis ojos se encontraron con un mundo más amable, más sincero, más vivo. Saboreé la lluvia en mi cuerpo, aun cuando era despiadada y mordaz, la acepté con los pétalos abiertos, pues una vez me había hecho más fuerte, más real, más risueña.

Soltarte dolió, pero mantenerte ardía todavía más. Y florecí cuando te fuiste. Me rodeé de otras flores nuevas y brillantes, cada una con muchas historias que contar. Me sorprendí al descubrir lo tanto que tenía que escuchar, aprender y bailar; soñar en el regazo de la luna llena con millones de estrellas danzando a su alrededor, cuando la noche alcanzaba el conticinio.

Pese a todo mi dolor, florecí cuando te fuiste.

Pagina 30 Visto en redes



N de niño

Es pequeño, seis años como mucho. Va por el paseo marítimo corriendo y dando brincos, con su entusiasmo descomunal. Yo voy detrás, acelerando el paso. ¡Eh, Negro! Me detengo y me doy la vuelta. Quien grita es un anciano sentado en un banco. ¿Qué pasa, qué quiere? Nada. ¿Y por qué le llama así? Porque es negro, ¿cómo quieres que le llame? Pues le llama niño, si es que quiere algo. Mi hijo no se descompone. Su alegría lo supera todo. Su cuerpo guarda el recuerdo del hambre y de la sed, del desamparo, del maltrato, de las picaduras de mosquitos y las mordeduras de araña, de la humedad en las nalgas y en la ingle, del mal olor, del frío de la piel descubierta en un calor insoportable, el recuerdo de la ausencia, ausencia de caricias, de cuidados, de una voz cariñosa, de brazos que te amparen, ausencia de todo lo que un bebé necesita para sobrevivir. Pero él sobrevivió y, cuando por fin se encontró arropado, se le desató un entusiasmo por la vida, una alegría que lo vence todo. Me apresuro para ponerme a su paso y me recibe con una gran sonrisa. Salta, mamá, ¡salta conmigo! Para mí lo más bonito del mundo es su sonrisa y lo que más me emociona es su voz llamándome mamá.

La primera vez que lo vi tenía las piernecitas diminutas y flaquísimas, el vientre abultado por la malnutrición y los bichos, la piel seca y apagada, una calva enorme en la nuca por mecerse solito y unos ojos grandes, enormes, que me miraban por detrás de los barrotes de la cuna como los de un pez desde un acuario. Nos encontramos enseguida. Eso fue amor a primera vista.

Este niño mío tiene algo mágico, una comprensión del mundo y una capacidad de perdón más allá de lo común, y una habilidad de tender puentes, de construir vínculos. Por eso tantas personas le quieren. Y quien no, no sabe lo que se pierde. Ahora tiene doce años. Se ha hecho mayor y se le ve fuerte y feliz. Es alto, de espalda ancha, tiene el cabello abundante y la piel luminosa, la boca siempre lista para una sonrisa. Estamos de excursión en un pueblo del interior para ver unas antiguas ruinas. Él anda rápido porque no contiene la ilusión. Quiere ser arqueólogo. Lo decidió a los cuatro años y no desiste. Donde quiera que vayamos, tenemos que visitar vestigios del pasado. Cruza la callejuela mirando delante, ansioso por llegar. Yo sigo a unos metros de distancia con mis bastones de marcha. Una voz masculina rompe el silencio de las calles casi vacías. ¡Eh tú, N...! Él no se detiene. Cariño, no vayas tan rápido, digo yo. En cuanto aparezco en la esquina el hombre se sonroja. Perdón, me he confundido. Le lanzo una mirada triste, sin rencor. Es un niño, le digo. Y seguimos hacia nuestro destino.

Sabrina Brancato



ATARDECER

La tarde huele a romero
y a lavanda fresca.
Entre los árboles, el sol
juguetea conmigo
y, el muy travieso,
me regala un rayito de sol
que acaricia mi alma.

Pilar Pérez Viñuales